

Obsesión

JOSÉ ANTONIO GURREA

¡iiiiii Yeeeeeeeees, yeeeeeeeees, yeeeeeeeees!!!!!!!, gritó una exultante Eréndira a todo pulmón, mientras hacía la clásica roqueseñal, apenas salió de la oficina del director de la revista. Acto seguido se metió a su cubículo dando brinquetes. Era algo inusual encontrarla tan contenta. Lo común era verla ensimismada o de plano de muy mal humor. Casi siempre cargaba en el rostro un rictus permanente de desagrado, como si el mundo fuera un gran retrete lleno de mierda. De hecho, en la oficina eran pocas las personas a las que les hablaba. A mí, quizá por ciertas afinidades culturales, siempre me trataba con deferencia y hasta con buen humor.

En la redacción el chisme corrió pronto. A los pocos minutos todos estábamos enterados de que el director del semanario la había enviado a París donde cubriría la conferencia mundial sobre el nuevo orden informativo, una reunión anual organizada por Ignacio Ramonet desde hacía una década.

Esa misma tarde ella me confirmó la especie. “Imagínate, por fin, cruzar el charco; conocer la cabroncísima Ciudad Luz; convivir con Ramonet, uno de mis iconos culturales; adentrarme por los salones del Louvre; subirme a la Torre Eiffel y echarme de cabeza de la emoción; pararme sobre las bancas del Pont Neuf, donde Carax puso de veras a chambear a la Binoche; ir a Père-Lachaise a ver a Morrison y a Wilde ¡y tributarles un cigarro de mota!; descolgarme por Montparnase e hincarme ante la tumba de Sartre y la Beauvoir... Carajo, tú sabes perfectamente cómo me marcó esa mujer... Pero te voy a confesar cuál es el plato fuerte parisino.

Antes de proseguir, Eréndira volteó para todos lados y me confió en voz baja algo que no fue una sorpresa para mí:

–Después de casi 15 años, voy a volver a ver a El Tabaré...

–Tú y el fútbol... Ay, Eréndira, no tienes remedio...

–Ya conseguí su dirección y lo voy a ir a buscar...

–Supongo que ya le avisaste...

–No, se va a cagar de la sorpresa...

–Con tal de ver a El Tabaré tú irías encantada hasta Burkina Faso...

–Ummm... Pero qué comes que adivinas...

A mí siempre me había extrañado que a esta morena de bella cara, pechos chicos y caderas anchas, un tanto sensible y medianamente culta, le gustara tanto el fútbol y, especialmente, los futbolistas. (Porque El Tabaré había sido el primero, pero tras él habían venido muchos más.) Lo consideraba un deporte de mediocres. No podía creer que un juego que permitiera empates a cero tuviera millones de fanáticos en el mundo. Tampoco que sus jugadores despertaran tantas pasiones. Salvo excepciones, esos deportistas de pacotilla formaban parte del lumpen. No había más. Por qué Eréndira no se había convertido en grupie de músicos, de escritores, de pintores, de poetas... bueno hasta de políticos, y prefería a esos pseudoatletas de burdos modales y enorme ignorancia con los cuales, evidentemente, no podía conversar de arte, literatura, música o del nuevo orden informativo... Esa actitud parecía confirmar la feroz crítica de sus adversarios dentro y fuera de la revista: “Esa pinche vieja es pura pose... la cultura la tiene sin cuidado”. Sin embargo, yo, quizá demasiado generoso con ella, albergaba aún mis dudas.

Para colmo, Alfredo El Tabaré Rodríguez –un grandulón delantero uruguayo con el cabello a los hombros y fenotipo de guaraní, que usaba sacos anaranjados o rojos, grandes cadenas de oro en el cuello y se paseaba por la ciudad de México a bordo de un Jaguar convertible– ni siquiera destacaba en el deporte de las patadas. Durante su efímero e intrascendente paso por el balompié azteca, los directivos del Atlético Apatlaco se vieron obligados a rescindirle su contrato por los malos resultados. Después de 30 fechas (de aquellos torneos largos que se estilaban todavía a principios de los 90) sólo pudo incrustar tres pepinos en las redes enemigas, con todo y que el entrenador Hugo Cortés, quien a su vez era su agente, lo alineó de inicio durante 28 jornadas, dejando en la banca a tres jóvenes promesas nacionales.

Tras su fracaso en nuestro balompié, El Tabaré regresó a un equipo de la segunda división de su tierra y después de cuatro temporadas de intermitentes actuaciones, influenciado por al-

gunos compañeros, se trasladó a Francia. En ese país terminó su carrera como jugador del Paris FC, un equipo de media tabla de la Championnat de France National, equivalente a la tercera división mexicana. Hasta antes del viaje de Eréndira se desempeñaba como auxiliar del entrenador de ese equipo.

Yo conocía muy bien toda esa historia debido a que Eréndira, quien seguía vida y obra de El Tabaré a través de la Web, me la había endilgado ad nauseum.

Cuando se emborrachaba, lo cual sucedía todos los viernes, Eréndira se volvía aún más monotemática.

-Carajo, no tienes una pinche idea de cómo me marcó ese hijo de la chingada...

-¿Cómo la Beauvoir o un poquito más?

-No te burles...

-De veras que no me burlo, pero no entiendo cómo te pudo haber marcado un tipo que se acostó contigo máximo tres veces, y que, además, debes reconocerlo, se cogió en ese ínterin a muchas chavas más...

-El problema contigo, Efrén, es que no eres vieja y no puedes comprender, ni tantito, la importancia del primer hombre, -me recriminaba Eréndira con voz pastosa mientras apuraba el quinto Herradura reposado de la noche.

Y acto seguido mostraba que su obsesión ya rayaba en lo patológico, pues abría su bolsa y sacaba el vaso, el cenicero, la cajita de cerillos y la barra de jabón California que había sustraído del triste hotel de paso de Santa Cruz y Tlalpan donde el marro futbolista la había llevado a perder su virginidad hacía más de 15 años.

Cuando El Tabaré se vio forzado a regresar a su país, Eréndira, con el dolor auestas, se volvió aún más fanática del Atlético Apatlaco. No se perdía un sólo partido e iba al estadio y a las concentraciones de los jugadores. También se propuso llenar su ausencia con múltiples encuentros sexuales, lo mismo con sus compañeros de escuela y de trabajo, que con los taxistas que la llevaban a su casa, y, más tarde, cuando dejó la casa paterna, con el amigo ocasional encontrado en el bar, en el antro, o, ya en el extremo, con el repartidor de pizza o de sushi a quienes les recibía la mercancía en entalladas blusitas ombli-gueras y cortísimos boxers cacheteros, como únicas prendas.

Nunca, sin embargo, encontró la mínima satisfacción; por el contrario, en varias ocasiones le desaparecieron objetos o incluso dinero.

El miedo a ser asaltada o perder la vida en forma violenta, pero, sobre todo, su ansiedad por ser amada la hizo buscar alternativas. Un día, mientras esperaba a los jugadores en la recepción del hotel donde estos se encontraban concentrados, se le hizo fácil subir a las habitaciones y tocar la puerta del cuarto donde, ella lo sabía perfectamente, se encontraba El gasparín Cámpoli, un habilidoso y creativo mediocampista argentino recién desempacado del River Plate. Al abrir, Eréndira lo tomó del cuello y comenzó a besarlo en la cara, en los labios, en donde cayera. Éste, en un principio, se sorprendió y trató de soltarse, pero después, quizá permeado por el arrebato, la introdujo a la habitación y cerró la puerta con llave. Cámpoli fue sólo el inicio. A las pocas semanas, la mitad de los integrantes del Atlético Apatlaco habían tenido sexo con ella.

Fornicar con los futbolistas le daba margen para echar volar su imaginación, pues en pleno acto sexual cerraba los ojos y ahí estaba El Tabaré, musculoso, chaparrón, con su larga melena, sus barbitas de Juan Diego y su pecho lampiño; en el brazo derecho, un tatuaje en forma de crucifijo, y en el oído izquierdo, una arracada de oro, ni más ni menos como aquella noche en el hotel oloroso a humedad de la colonia Portales. Sin embargo, cuando abría los ojos, quien en realidad se encontraba encima de ella, era la Ardilla Sánchez, el eterno arquero suplente, un tipo carimarcado por la viruela, jorobado, panzón por la inactividad de la banca y que para colmo era calvo prematuro y padecía de una fuerte halitosis.

Después de esas jornadas sabatinas, los resultados para Eréndira eran dispares, pues a veces salía con sus demonios internos aplacados, pero en ocasiones más fuera de control que nunca... aún peor, con sus heridas espirituales todavía más hondas. Sus cambios dependían del recibimiento sexual dado por los integrantes del equipo. Aunque ella no lo decía explícitamente, los lunes me enteraba quien la había bateado, y quien no se había resistido a sus encantos.

-Ese pendejo es un maleta, deberían de correrlo pero ya -exclamaba con el rencor que provoca el desdén...

-Pues no que anotó los tres goles del Apatlaco -le señalaba uno con ánimo de llevarle la contraria, pues el futbol era aún menos importante que e el pádel y el softbol.

-Es un pinche churrero... -respondía con el hígado y las vísceras a flor de piel.

-¿Has visto como el Gachas Cerati juega bien bonito? -prorrumpía con los ojos entornados.

-Pues no que en el gol de la derrota él tuvo la culpa -volvía uno a la carga...

-Bah, juega chingón... un error cualquiera lo tiene -agregaba disculpando todas las faltas por graves que fueran.

Desde antes de abordar el Airbus A-34 de Air France en la ciudad de México, Eréndira tenía sus planes ya hechos. En cuanto el avión tocara tierra en el aeropuerto Charles de Gaulle, se enfilaría a la casa de El Tabaré. No contó, sin embargo, con que el comité organizador de la conferencia sobre el nuevo orden informativo enviaría a una representante de prensa a recibirla. A partir de su llegada a París, la comisionada no la dejó ni un momento. La llevó al hotel a registrarse y a llenar los formatos de acreditación, y, después, antes de dejarla en una cena con los organizadores, la citó al día siguiente a las 8 de la mañana, tiempo apenas suficiente para desayunar, pues a las 10 comenzaban los trabajos. Eréndira estaba iracunda y, en su ofuscación, poco le importó la belleza del hotel (el Relais Hotel du Vieux Paris), tampoco que su cuarto tuviera una vista al Sena y a Nôtre Dame, ni que durante los 60 algunos beats como Burroughs y Ginsberg hubieran vivido en ese lugar.

Un día más tarde, estuvo como ausente durante las ponencias. Displícite y con cara de fastidio, garrapateaba notas en su cuaderno e hizo algunas entrevistas más por obligación e inercia que por pasión. Poco le importó que frente a ella desfilaran no sólo Ramonet, sino figurones como Jeremy Hobbs, Mario Lubetkin y Bernard Cassen. Al carajo con todo, ella únicamente quería estar con El Tabaré.

Durante el tercer día de trabajos, Eréndira aprovechó que no había conferencias programadas durante el turno matutino, y abordó la línea 4 del metro en St. Michel con rumbo al barrio de Saint-Ouen, donde el futbolista retirado tenía su domicilio. Cuando llegó a la terminal, en Porte de Clignancourt, comenzó a sudar. Estaba realmente nerviosa. Eran ya muchos años desde la partida de El Tabaré. En realidad tenía muchas dudas de cómo sería recibida por el uruguayo. Respiró profundamente y aceleró el paso. Ya en la superficie cruzó un tianguis de autos usados,

donde desvencijados Citroen y Peugeot se ofrecían al mejor postor, y, más allá, el célebre marché aux puces de Saint-Ouen. Observó que esa parte de la ciudad Luz había sido tomada casi en su totalidad por los emigrantes. La ola café conformada por hindúes, rumanos, cubanos, marroquíes, argelinos y angoleños, entre otros, ocupaba calles y comercios de la zona.

Después de una larga caminata llegó al conjunto habitacional donde vivía El Tabaré. Se trataba de un enorme multifamiliar, integrado por varios toscos bloques de cemento, que parecía haber sido diseñado por algún arquitecto del llamado socialismo real. Los edificios no contaban con elevador, por lo que al llegar al quinto piso, donde se encontraba el departamento, se dio cuenta de que tenía taquicardia. El esfuerzo desarrollado no era la única causa. Estaba tan nerviosa, que su cuerpo temblaba sin control.

Tocó el timbre durante un largo rato y cuando comenzaba a pensar que no había nadie en la casa, una somnolienta rubia entreabrió la puerta.

Eréndira respiró profundamente y trató, sin lograrlo, de mostrar seguridad.



Carlos Jaurena

–Bue... nas tardes... Estoy buscando a Alfredo Rodríguez...

Entre mujeres te veas. La rubia, una malencarada treintañera que portaba un pants y una sudadera descoloridas, se olió las intenciones de Eréndira desde el principio.

–¿Quién sos vos? Alfredo no está. ¿Qué querés con él?

–Soy... soy una amiga...

–¿Amiga? ¿Amiga de dónde? ¿Quién te crees que sos?... El Alfredo ya tiene su mina, ya tiene su papo y no necesita de vos... así que andate...

Confundida, Eréndira comenzaba a tartamudear una respuesta pero la rubia platino se le adelantó y cerró la puerta con furia.

De inicio, Eréndira no supo que hacer, pero al cabo de unos segundos reaccionó y, frenética, comenzó a tocar el timbre en repetidas ocasiones. Esta vez sin resultados positivos, por lo que decidió salir del edificio y esperar al ex futbolista el tiempo que fuera necesario. Presa de la rabia, ahora, más que nunca, le urgía verlo. “Pinche vieja, no voy a descansar hasta cogermela a su macho”.

El día no había sido fácil para Alfredo Rodríguez. El Paris FC iba en los últimos lugares de la tabla, y para colmo el goleador del club se había lesionado durante los entrenamientos. Por eso cuando en la entrada de su edificio vio a una desconocida que se dirigía a él muy familiarmente con un mote que había dejado de usar desde su llegada a Francia, el asunto más que extrañeza le provocó desazón. Descartó, de inmediato, que se tratara de una fanática, no sólo por el apodo en desuso, sino porque ser auxiliar en la tercera división no traía consigo ese tipo de satisfacciones. Cuando la mujer quiso besarle en los labios, El Tabaré retrocedió instintivamente unos pasos. Pensó, de inmediato, que alguien le quería poner un cuatro, pues por más esfuerzos que hacía no podía recordarla.

El malestar se acrecentó cuando la mujer se identificó como “tu mejor amante mexicana”. México aún le provocaba escozor. No quería volver a saber nada de un país donde el fracaso había sido tan tangible. Cuando ella comenzó a ponerse agresiva y describió cómo habían follado, trató de hacer un repaso de las numerosas mujeres con las que se había acostado durante su año en México, sin embargo, en su revisión la mina que tenía enfrente no aparecía. En el momento en que ella abrió su bolsa y sacó un vaso, un cenicero, una barra de jabón y una

caja de cerillos con el logo y el nombre de un hotel, El Tabaré se estremeció, pues de pronto recordó que, en efecto, al Real Portales había llevado a más de una decena de mexicanas. Pensó, con verdadero terror, que su mujer y sus vecinos se darían cuenta del escándalo, por lo que, de espaldas, avanzó hacia la puerta del edificio, la abrió e ingresó rápidamente, cerrándola, de inmediato, con llave. En el cubo de la escalera todavía escuchó los gritos estentóreos, los improperios muy mexicanos que lo llevaron, fugazmente, de regreso a sus días en el Atlético Apatlaco y, finalmente, antes de entrar a su casa, el sonido del vaso y el cenicero estrellándose contra la puerta de entrada.

Un día después de que Eréndira llegó de París aterrizó muy de mañana en mi cubículo y, de inmediato, me entregó una réplica de la Torre Eiffel y un paquete con varias cajetillas de Gauloises.

–Uy, qué original...

–Y tú, qué mal agradecido...

–Es que no me tienes nada contento. No te dignaste responder uno sólo de mis correos...

–Cabrón, si no fui a jugar... Te juro que, a veces, no tenía tiempo ni para cagar... Además...

–¿Qué? ¿Si la armaste con tu sudaca??

Como era su costumbre, Eréndira volteó para todos lados, pese a que la puerta de la oficina estaba cerrada, y, tras una breve pausa, comenzó un monólogo en voz muy baja y en tono sarcástico:

“Nos amamos durante varias noches... y decidimos, por su familia, más que nada... que no nos volveríamos a ver... Me dijo que recordaba con mucha nostalgia a México, claro que no por el aspecto deportivo, sino por la gran aventura que vivió conmigo... Imagínate, qué galante...” De pronto, a Eréndira se le anegaron los ojos y comenzó a sollozar... “La neta es que el hijo de la chingada fingió no reconocermela... se hizo el pendejo... casi se echó a correr... Esperé tantos años para volver a verlo, viajé más de diez mil kilómetros, y, mira, el muy ojete me salió con eso... No es justo, Efrén, no es justo...” A estas alturas, la discreción había pasado a segundo término. El llanto, incontrolable, había devenido en crudo alarido. Me levanté y le acaricié la nuca y los hombros. Guardé silencio. ¿Cómo decirle que tal vez El Tabaré no se estaba haciendo tonto? ¿Cómo decirle que la memoria es selectiva y envía a la oscuridad lo secundario, lo más intrascendente? ■